



Recibido: 27/04/2017 Aceptado: 17/07/2017 Publicado: 30/01/2018

# Aproximaciones a una antropología de la cooperación<sup>1</sup>

## Approaches to anthropology of cooperation

Hernando Zabala Salazar\*  
Olga Lucía Arboleda Álvarez\*\*  
Universidad Católica Luis Amigó

Eduardo Nicolás Cueto Fuentes\*\*\*  
Corporación Universitaria Minuto de Dios

**Forma de citar este artículo en APA:** Zabala-Salazar, H., Arboleda-Álvarez, O. L., y Cueto Fuentes, E. N. (enero-junio, 2018). Aproximaciones a una antropología de la cooperación. *Revista Science of Human Action*, 3(1), 16-33.

### Resumen

Las prácticas sociales adheridas al proceso de formación, organización y desarrollo de las empresas de economía solidaria, especialmente de las cooperativas, se han extendido por el mundo entero desde la segunda mitad del siglo XIX, haciendo posible que en muchos lugares se haya desarrollado una cultura económica y social determinada por los valores y principios rectores de este movimiento social. Dichas prácticas han sido descritas y analizadas desde diferentes disciplinas sociales; sin embargo, habiéndose producido un fenómeno cultural en cada una de estas experiencias, son pocos los estudios que han echado mano de los métodos de la antropología para entender el comportamiento de las colectividades y las individualidades participantes de estos procesos, mucho más cuando son indudables sus efectos positivos en el desarrollo de acciones de bienestar y de concreción de principios de bien común. Los autores hemos observado necesario ahondar en el tema de la antropología de la cooperación.

<sup>1</sup> El artículo es resultado de la investigación "Análisis de la producción investigativa y académica sobre la economía social y solidaria en Colombia, 2005-2015", realizada por investigadores vinculados a los grupos de investigación ECOSOL, de la Universidad Católica Luis Amigó, y GICEA, de la Corporación Universitaria Minuto de Dios, Colombia.

\* Hernando Zabala Salazar. Especialista en Derecho Cooperativo, Universidad Católica Luis Amigó, Medellín, Colombia. Miembro del grupo ECOSOL. Correo electrónico: hernando.zabalasa@amigo.edu.co

\*\* Olga Lucía Arboleda Álvarez. Magíster en Salud Pública, Universidad Católica Luis Amigó, Medellín, Colombia. Miembro del grupo ECOSOL. Correo electrónico: oarboled@amigo.edu.co

\*\*\* Eduardo Nicolás Cueto Fuentes. Magíster en Ciencias Económicas, Corporación Universitaria Minuto de Dios, Bello, Colombia. Miembro del grupo GICEA. Correo electrónico: ecuetofuent@uniminuto.edu.co.

## Palabras clave

Cooperación; Cultura cooperativa; Etnografía cooperativa; Educación cooperativa.

## Abstract

The social practices adhered to the process of formation, organization and development of solidarity economy enterprises, especially cooperatives, have spread throughout the world since the second half of the nineteenth century, making it possible in many places to have developed an economic and social culture determined by the values and guiding principles of this social movement. These practices have been described and analyzed from different social disciplines. However, with a cultural phenomenon occurring in each of these experiences, few studies have used the methods of anthropology to understand the behavior of communities and the individuals involved in these processes, much more when their positive effects on the development of welfare actions and the realization of principles of common good. The authors have found it necessary to delve into the subject of anthropology of cooperation.

## Keywords

Cooperation; Cooperative culture; Cooperative ethnography; Cooperative education.

# Introducción

El profesor Alexander Laidlaw, en su famoso informe al Congreso de la Alianza Cooperativa Internacional, celebrado en Moscú en 1980, realizó un extraordinario análisis de las problemáticas de este sector de la economía, aventurándose en afirmar que muchas de las carencias de entonces se atribuían a que los sistemas cooperativos habían fallado en la acción educativa, desplazada por las preocupaciones empresariales (Laidlaw, 1987, p. 58), y concluyó que la influencia social de una cooperativa se mide generalmente por el vigor de sus actividades educativas, siempre que sean entendidas en el significado más amplio de *cultura*.

Y tenía total razón, habida cuenta de que el cooperativismo no es un sistema que se proponga *hacer se* la generación de resultados económicos; su objetivo principal es utilizar acertadamente sus potencialidades económicas para generar bienestar social y alcanzar un buen vivir para todos. Se ha establecido, desde comienzos del siglo XIX, que la cooperación cooperativa tiene como centro a la persona humana; de ahí que su preocupación sea el engrandecimiento de ese centro y su entorno fundamental: la comunidad. Y es que la cooperación no sólo es un método para superar las pobreza, sino también un mecanismo para elevar los humanos a una categoría humanizadora; es decir, un modelo de organización social con capacidad para realizar cambios en las mentalidades de los individuos, en las estructuras en que éstos se desenvuelven y en los móviles de la actividad económica.

Este artículo nace de la premisa que la cultura cooperativa necesita de sujetos que conozcan y acepten su historia, sus valores, principios y métodos, identificados con unos objetivos que respondan satisfactoriamente a sus necesidades comunes, anhelos y aspiraciones, premisa que exige una acción educativa. El cambio, requiere que las personas abandonen viejos hábitos; sin embargo, nadie deja conceptos preconcebidos o tradicionalmente aceptados y practicados sin que se genere un proceso de adaptación y de convencimiento de la bondad de las nuevas ideas o propuestas.

Es aceptado científicamente que la cultura no existe como unidad universal, sino como expresión de múltiples manifestaciones de la vida humana; por eso se ha acordado desde las diferentes disciplinas sociales que lo mejor es hablar de culturas. Sin embargo, la antropología aporta una serie de elementos y propuestas teóricas que permiten señalar que el método de análisis de una determinada cultura, es posible de operarse con el propósito de hacer el reconocimiento de la misma; y, más allá, mediante metodologías de profundización en sus detalles, descubrir las identidades de dicha cultura y proponerse mecanismos para su reafirmación y difusión.

En este artículo se abordan algunos de los rasgos distintivos de la cultura cooperativa, haciendo uso de la abstracción y de las prácticas concretas que han sido reconocidas por los autores. Es nuestra esperanza que este aporte suscite debates, nuevas preocupaciones y, de pronto, contribuya a que se genere un proyecto de reconocimiento, recuperación y análisis de la cultura cooperativa que refuerce la identidad del sistema y su propuesta renovadora.

## Aproximaciones a una antropología cultural de la cooperación

No es fácil abordar el tema de la cultura cooperativa. Grandes exponentes de su pensamiento (Gide, Laidlaw, Lambert y Desroche, entre ellos) anunciaron la existencia de una *cultura cooperativa*, pero han sido muy pocos los desarrollos conceptuales que la reconocen e identifican; por tanto, son mínimos los ejercicios y propuestas para reafirmarla y difundirla. Ello debido a que en las prácticas del cooperativismo se han confundido los medios de difusión de la cultura cooperativa con los elementos propios identificadores de ella.

Aún no se ha producido una descripción sistematizada de la cultura cooperativa ni tampoco un cuerpo teórico integral que determine sus elementos constituyentes; empero, hay que reconocer que la educación, entendida como uno de los complejos culturales del cooperativismo, sí ha sido objeto de intensos estudios. Pero las pesquisas no han ido más allá; de ahí que se haga urgente, para reafirmar el pensamiento y proyecto cooperativos, avanzar decididamente en la indagación profunda sobre su sustrato cultural.

Para comenzar se debe entender que cada experiencia cooperativa es única, a pesar del encuentro de puntos comunes con cualquiera otra; también debe reconocerse que el ideal cooperativista se hace realidad en cada cooperativa, en su cultura particular; y, en consecuencia, sólo se identifica así al cooperativismo como un movimiento que busca la unidad en la diversidad. Para descubrir cada proceso, proponemos, se debe echar mano de la ciencia de la antropología.

La antropología tiene un amplio campo de estudio. Puede intervenir procesos comprensivos respecto de gran variedad de pueblos del mundo, independientemente del tiempo; esto es, su dimensión espacio-temporal es extensa. Sus orígenes, relacionados con los estudios etnográficos y comparativos, se centraron en los pueblos y colectividades étnicas no occidentales, pero hoy en día la antropología muestra preocupación por el entendimiento de las distintas manifestaciones del agrupamiento humano. Ya es aceptada una definición holística que se sostiene en que su campo de estudio son los diferentes modos de vivir, sentir y pensar de los individuos y de los grupos sociales.

Una de las grandes ramas de la antropología es la *antropología cultural*, conocida también como *antropología social*, que comprende originalmente dos disciplinas especializadas: la arqueología y la lingüística antropológica. La primera estudia culturas ancestrales y sus cambios en el tiempo histórico; la segunda se ocupa del estudio de las lenguas y su evolución. Sin embargo, ambas presentan muchas variantes debido a que el objeto inicial de la antropología ha ido redefiniéndose, así como sus métodos, ocupándose de los símbolos, de asuntos generacionales o de prácticas sociales concretas (salud, educación, entre otras) de la relación con la naturaleza y la economía. De ahí que contemporáneamente la antropología social se manifieste como antropología aplicada a campos específicos de estudio, utilizando los métodos construidos por décadas. Este campo antropológico permite percibir los individuos en su entorno inmediato (como en el caso de los primeros estudios etnográficos) para identificar sus necesidades y diseñar estrategias que contribuyan a satisfacerlas. Desde esta dimensión, el antropólogo deja de ser un observador y se convierte en un agente que incide en el cambio.

Los métodos de la antropología social y los utilizados en la antropología aplicada, deben ser examinados en profundidad para proponerse la fundación de una *antropología de la cooperación*. Sería un escenario para desarrollar aún las disciplinas adheridas a la antropología, pero también un mecanismo que puede aportar a la comprensión del fenómeno cooperativo, del comportamiento de los seres humanos en el ejercicio de la cooperación y dotar al sistema de argumentos para su difusión cultural.

### **Una etnografía cooperativa para el reconocimiento de la vivencia de los grupos cooperativos y sus entornos**

Como ya indicamos, uno de los grandes aportes de la antropología ha sido el haber descubierto que no existe una cultura única, que el unanimismo encuentra una barrera en la experiencia humana específica. Una cultura es sólo una de las posibles culturas. Pero ese descubrimiento fue posible por el desarrollo del método etnográfico. Esta disciplina se concibe como un método de estudio y acercamiento al fenómeno cultural concreto, recogiendo de primera mano la información necesaria que permita describir las formas culturales adoptadas por los sujetos sociales en estudio. De dicho estudio (especialmente en los denominados *estudios de comunidad*) se derivan hipótesis frente a la realidad y el porvenir, que explican los actos de las personas o pueden inducir futuros comportamientos. En general, el método identifica la dinámica cultural (pasada, presente o futura) del sistema en análisis. Para el efecto del reconocimiento profundo de un fenómeno cultural, la etnografía debe complementarse con otras disciplinas, especialmente con la sociología y la historia, utilizando los instrumentos que estas poseen.

Aunque surgió de una perspectiva colonialista, en el vano intento de Occidente por colocarse como cultura superior o agente preservador de culturas subyugadas, resulta ser la etnografía una disciplina de enorme importancia para reforzar las identidades. La memoria, la conciencia y la imaginación dependen del proceso sistemático de acopio de información que propone la etnografía.

El método etnográfico es fundamental para entender la cultura cooperativa en sus expresiones locales. Pero para ello hay que recurrir a la experiencia directa, al roce con los grupos humanos que comportan dicha cultura. La utilización de la disciplina etnográfica, combinada con métodos sociológicos e históricos, puede aportar enormemente al cooperativismo para reconstruir experiencias pasadas, entender el cambio en los fenómenos presentes e identificar tendencias de futuro. Así se llega a interpretar el proceso seguido por los grupos cooperativos y profundizar en la cultura propia que han construido. Los productos resultantes, especialmente estudios monográficos, han de servir al movimiento cooperativo para su esfuerzo difusor o para un ejercicio autocrítico, pero, sobre todo, para aumentar su acervo cognitivo.

## Las aportaciones de Henri Desroche

Henri Desroche, uno de los grandes maestros del siglo XX, en un pequeño discurso denominado “Autodesarrollo e intercooperación”, advirtió que el movimiento cooperativo está fundado en un ideal y que todo movimiento social está montado sobre un movimiento cultural: “Si no hay movimiento cultural, el movimiento social vuelve a ser ese disco que gira y gira sobre sí mismo, y no crece, no está a la altura de las circunstancias” (Desroche, 1973, p. 295).

En dicha conferencia trató el problema de la relación entre cultura cooperativa y movimiento cooperativo, asegurando que no hay una cultura cooperativa única, que cada país o territorio la construye sobre la base de sus propias realidades a partir de hallar los códigos de la memoria cooperativa. Sostuvo que no hay cultura cooperativa sin memoria; y si no hay memoria, no puede haber cultura. Sentenció que: “La cultura cooperativa y la cultura en general radican precisamente en un saber situarse, saber encontrarse en un movimiento global desde el punto de vista histórico y geográfico” (Desroche, 1973, p. 295), porque la más pequeña cooperativa, independiente del lugar en el que se asiente, debe comunicarse con el conjunto pues es un brote del gran árbol del cooperativismo. La realidad de esa cooperativa y la del movimiento global forman parte de una cultura que se reconoce histórica y geográficamente (de manera local y de manera universal):

Si en un país no hay unos instrumentos, libros, revistas, fotos, películas y cualquier otro tipo de elementos que permitan a los cooperadores conocer la geografía y la historia cooperativa, será muy difícil que este país llegue a tener una auténtica cultura cooperativa (Desroche, 1973, p. 299).

Sin embargo: “Cada movimiento cooperativo está estrechamente modelado por las especificidades nacionales del país donde se desenvuelve” (Desroche, 1973, p. 299). Por eso la cooperación cooperativa no es la misma en todos los países o regiones; cada movimiento tiene su propia vía, aunque contiene unas ciertas constantes determinadas, empero, por las variables de cada historia y cada territorio.

El proyecto de una antropología cultural cooperativa comprende tres elementos caracterizadores (Desroche, 1973, pp. 296-307), a saber:

a) *La memoria cooperativa.* Si no hay memoria, no puede haber cultura ni tampoco imaginación; la memoria cooperativa está definida por la conciencia cooperativa y la imaginación. Pero la memoria tiene un sentido global y otro local. El movimiento cooperativo internacional debe comprender su historia y entender cada uno de los elementos constituyentes de su cultura en relación con los fenómenos socioeconómicos y políticos del entorno en el cual surgieron. Para reafirmarse en el sistema de creencias, es indispensable que se vuelva a la fuente (al utopismo de la primera etapa del movimiento y de cada cooperativa), que se debe entender como la fuerza propulsora que determina la cultura cooperativa. Debido a la dimensión universal del proyecto cooperativo, toda cooperativa (independientemente del espacio geográfico) bebe de esta fuente y se comunica con el conjunto. Pero esa conciencia de universalidad exige también conocimiento del detalle. Cada unidad organizativa debe hacer un esfuerzo de reconocimiento de su historia y geografía, aportándolo al movimiento regional y nacional: sin este proceso no es posible identificar una auténtica cultura cooperativa. Tampoco basta con la memoria global, la local y la nacional, también se requiere una memoria sectorial, ya que allí se descubren variantes diferentes en el comportamiento y en los rasgos culturales. Por todo ello, Desroche enseña que la memoria hay que cuidarla, mimarla y darle los instrumentos necesarios a través de estudios de diverso tipo y de la conservación de los archivos históricos.

b) *La conciencia cooperativa.* Una segunda gran dimensión de la cultura cooperativa es la conciencia cooperativa, entendida como memoria del presente y como imaginación del futuro. Y en esta dimensión se descubren tres componentes: conciencia ética, científica y crítica.

Si hay economía cooperativa, debe haber ética cooperativa, primer componente. La ética cooperativa es la ética del desarrollo, de la solidaridad, de la ayuda mutua, de la auto-creatividad, sin ella la economía cooperativa no tiene sentido; muchos fracasos proceden de la no aceptación de esta ética.

La conciencia científica es el segundo componente. Desroche se quejaba del hecho que las universidades no tomaran en serio el estudio del fenómeno económico cooperativo, que tampoco los académicos de las ciencias sociales y menos los propios cooperativistas. Tal negligencia entraña un peligro para la cultura, porque ella debe ser objeto de las preocupaciones científicas, para el desarrollo del propósito económico y la profundización de la cultura misma.

Finalmente está el tercer componente, la conciencia crítica. Muchos movimientos, de acuerdo con Desroche (1973, p. 305): “creen tener una cultura, y muchas veces lo único que tienen es una propaganda”. La cultura debe ser crítica y la propaganda apologética; la primera acepta plenamente el método de la autocrítica:

Un movimiento se caracteriza siempre por el sistema de combinación del aparato de dirección, y la red de decisión. Es muy peligroso creernos que estamos de verdad oyendo el movimiento cuando estamos oyendo exclusivamente el aparato de dirección. Hay que forzar y mantener un diálogo con los dos y entre los dos. En la medida que exista un mecanismo de emisión y de recepción mutuas por ambas partes, esta autocrítica, esta duda metódica sobre el funcionamiento del movimiento será eficaz.

Igual que antes, también aquí conviene crear instituciones para asegurar esa emisión y recepción. Para que constantemente puedan realizarse consultas, concentraciones, animación de movimientos, parece que son los órganos más adecuados para esta conciencia crítica base de la cultura cooperativa (Desroche, 1973, p. 305).

c) *La imaginación cooperativa*. Tener memoria y conciencia posibilita el acercamiento al porvenir. La imaginación es anticipadora y ello exige renovación e innovación. La imaginación es creadora. Nuestro autor propone una estrategia de desarrollo por la cual se extienda el modelo cooperativo, se difunda su cultura. Recuerda que la imaginación tiene un carácter festivo: “Fiestas es celebrar en conjunto, hacer vibrar no solo científicamente, sino hacer participar a todo el mundo en los acontecimientos del presente y del pasado e incluso del futuro de la cooperación” (Desroche, 1973, p. 306).

En una de sus grandes obras, *Sociología de la esperanza*, Henri Desroche explicó la relación entre imaginación y memoria colectiva. El vínculo entre la conciencia y la imaginación pasa por la memoria:

El vínculo de esa conciencia con esa imaginación no se establece, sin embargo, en circuito directo. Pasa por un transformador: el transformador es la memoria, y una memoria que no se limita a una memoria registradora, ni tampoco a una memoria simplemente rememorativa o conmemorativa. Es una memoria colectiva y también tiende a ser una memoria constituyente tanto y más que una memoria constituida (Desroche, 1976, p. 176).

En este escenario, el pasado, el presente y el futuro se entrelazan para mantener viva la ilusión de un mundo más placentero, la creencia básica que sostiene el sistema cooperativo. La memoria colectiva asegura un eco del pasado, y la conciencia el ideal del porvenir, manifestados en fiestas y ritos.

## Aproximaciones al entendimiento de la cultura de la cooperación

### La cooperación humana como objeto de estudio antropológico

El primer elemento que caracteriza una sociedad humana, y que se mantiene constante a través de los tiempos, es el instinto de integración (o sociabilidad) entre sus miembros, el cual se hace imprescindible a su propia existencia y a la del conjunto comunitario de que hacen parte. Esa sociabilidad hace establecer relaciones mutuas (de trabajo o de ayuda), conscientes o inconscientes, coordinándose para realizar una determinada actividad que beneficie a todos. De esta manera se establece la acción mancomunada (de mano común) de personas, conducente a la realización de los objetivos que son la base de su agrupación (Ramírez, 1989, pp. 22-26).

De acuerdo con la acción conjunta que se quiera desarrollar, estas acciones podrán ser de carácter económico, social, cultural, político, etc. Sin embargo, ha sido la cooperación económica la que ha permitido, con mayor énfasis, que los individuos actúen como miembros de un grupo social; es decir, la que de manera especial ha permitido que se formen las comunidades humanas. Es un mecanismo de trabajo en grupo que se ha manifestado como modo de producir condiciones materiales de existencia o como forma de solidaridad. En otro sentido, como ser social por excelencia, el ser humano se une a otros formando grupos y estableciendo ciertas normas o pautas de integración social. Así es que, una vez establecidos los grupos y un cierto nivel de organización, llegan a reconocerse como entidades o asociaciones, en donde cada una tendrá sus propios fines y construirá particulares manifestaciones culturales.

Lo que hoy en día se conoce como cooperativismo, es una forma especial de cooperación de tipo económico y se presenta como fenómeno histórico moderno. El cooperativismo se establece como una forma específica de producir a partir de la conciencia de integración y solidaridad humana siendo un largo proceso de encuentro de necesidades e intereses de un determinado individuo con los de otro u otros, lo cual constituye el primer eslabón en la cadena de cooperación.

### La educación: instrumento principal para la reproducción de la cultura cooperativa

El cooperativismo no es exclusivamente una manera de generar resultados económicos: se trata fundamentalmente de utilizar acertadamente sus potencialidades para producir bienestar social. Para producir este efecto, el cooperativismo utiliza otro método: la participación. En este contexto se ha entendido que no es posible el desarrollo local y comunitario, con su consecuente bienestar para todos, sin la participación de los afectados. La participación es una condición *sine qua non* de la cooperación: a más participación más cooperación. Pero

esta participación no sólo se refiere a la vida social y política, sino que se manifiesta principalmente en la esfera económica, determinando las demás esferas del ambiente comunitario. Si la participación no se entiende como la práctica de la democracia económica, si la participación no afecta la base determinante de la sociedad, no es posible el bienestar, ni el crecimiento, ni el desarrollo comunitario, ni el vencimiento de las pobrezas. De ahí que hacer cooperación sea, también, un método para construir la democracia económica, base de todas las utopías humanas. Para hacer conciencia de este potencial del cooperativismo resulta de vital importancia el instrumento de la educación.

La cooperativa, como unidad base del sistema cooperativo, puede considerarse un espacio educativo en el que sus actores son todos aquellos que se asocian en ella. Se constituye en un escenario para la educación del pueblo, en la medida que puede desarrollar prácticas auténticas de cooperación. Y efectivamente, en cuanto el cooperativismo es un movimiento transformador, la educación se constituye en un instrumento para formar a los seres en el proyecto de la cooperación y, por medio de ésta, lograr la humanización. La educación, en tal sentido, no tiene el objetivo de inducir al reconocimiento del modelo económico, sino al propósito de adoptar un modelo social y mental que propone un proyecto de felicidad humana. De modo que la educación es un imperativo para el cooperativismo. Que se hace concreto con la institucionalidad educativa, básicamente debido a que el mayor desarrollo del movimiento hace avanzar el conocimiento, generando abstracciones y complejidades a las cuales no solo se responde desde la tradición organizacional del cooperativismo.

Así, pues, en la perspectiva de formar hombres y mujeres íntegros, se establece la educación como necesidad y no como opción. Esa necesidad se puede resumir en dos aspectos principales. En primer lugar, si el sistema cooperativo es exitoso, demostrado históricamente, siendo, a su vez, alternativa de desarrollo para nuestros pueblos, se hace entonces indispensable reproducirlo. La reproducción de los modelos es, en toda sociedad, función esencial de la Escuela. Y, en segundo lugar, los retos a los que se enfrenta el sistema de cooperación implican cambios gigantescos a muchos niveles; la preparación para encarar dichos cambios es también función de toda Escuela que se digne ser formadora.

La educación, así entendida, tiene como función inicial la formación de quienes intervienen en su proceso, haciendo conciencia del papel transformador asignado; pero, también, la creación de un medio y un clima social propicios en los que pueda desenvolverse su proyecto alternativo. No solo se trata, pues, de formar a sus miembros, las personas de carne y hueso que intervienen en el devenir cotidiano del proceso cooperador; se trata también de que los seres humanos que transitan por el medio ambiente que envuelve al cooperador se hallen dispuestos a aceptarle y a hacer parte del sistema. Y ello es fundamental, porque en un mundo insolidario la existencia del sistema de cooperación se mira como a un bicho extraño con una supervivencia efímera; en consecuencia, tendrá grandes dificultades para reproducirse y sostenerse en el tiempo. El cooperativismo,

en la medida en que forja una cultura nueva, tiene grandes dificultades para entender el papel de la función educativa, pero sobre todo de los instrumentos para cumplirla. Todavía pide prestados estos instrumentos al sistema que antagoniza.

Frecuentemente se sorprenden los cooperadores cuando observan que muchas personas generalmente bien informadas sobre diversos asuntos pero que están fuera del movimiento, saben muy poco o nada sobre el cooperativismo. Las organizaciones cooperativas tienen gran importancia a los ojos de sus dirigentes, pero para el resto del público que no está directamente relacionado con ellas, las cooperativas son apenas algo de lo que se oye hablar y de lo cual queda solamente una vaga idea. Lo cierto es que los cooperativistas saben muy bien hablar entre ellos, pero no saben hablar con los demás; no tienen facilidad para comunicarse con quienes están fuera de su propio círculo. El resultado de este hecho es la falta de comprensión y, a veces, los equívocos que se presentan frente a instituciones y personas cuya influencia es muy grande como son las universidades, los gobiernos, los economistas, los periodistas y todos los que orientan la opinión por los diversos medios de comunicación masiva (Laidlaw, 1987, pp. 86-87).

Advierte Laidlaw que si las cooperativas quieren afianzarse deberán aprender a transmitir su mensaje en forma segura y eficaz. Como dice la antigua advertencia: “Si la trompeta lanza apenas un débil sonido, ¿quién responderá a su llamada para la batalla?” (Laidlaw, 1987, p. 87).

La verdad es que el esquema predominante de reproducción de antivalores solo puede ser resquebrajado mediante dos métodos principales: a) La educación para la cooperación, que haga énfasis en una dinámica participativa de la gente; b) La educación económica de la población en general y de los directamente comprometidos con el modelo.

## Algunos rituales de la cultura cooperativa

Son comunes los estudios etnográficos que dan cuenta de comunidades específicas –generalmente definidas de acuerdo con su condición étnica–, e incluso pueden producirse algunos relacionados con comunidades que comparten otras circunstancias u objetivos –con semejanza no étnica–. Sin embargo, el tema de los ritos y rituales poco se ha indagado en referencia a las comunidades económicas (movimientos, grupos empresariales o empresas específicas).

Principalmente se han efectuado análisis de casos particulares que tienen por objetivo dar fuerza a la cultura organizacional, encontrándose ritos y rituales relacionados con las historias, ciertos niveles míticos, metáforas y símbolos que caracterizan una organización. En el mundo corporativo y empresarial, los valores y otros elementos constitutivos de la cultura organizacional “no son necesariamente transmitidos por procedimientos formales y escritos, son también difundidos por medios más subjetivos: las historias, los mitos, las leyendas y las metáforas” (González, 2003, p. 124).

De acuerdo con la propuesta de esta autora, los aportes de la antropología social son plenamente válidos para interpretar las culturas empresariales y descubrir dentro de ellas sus rituales más característicos. Algunos actos simbólicos que se manifiestan en determinadas culturas organizacionales son: la lúdica, las ceremonias (celebraciones) y el ritual propiamente dicho (que manifiesta un consenso en torno a determinadas creencias y valores). Con ellos se genera un pacto de unión y la reafirmación como grupo. Al respecto, Aguirre define el ritual como: “Acto o secuencia de actos simbólicos, altamente pautados, repetitivos en concordancia en ciertas circunstancias, en relación con los cuales tiene carácter obligatorio, y de cuya ejecución se derivan consecuencias que, total o parcialmente, son también de orden simbólico” (Aguirre, 1993, p. 62).

González señala que toda cultura corporativa tiene que ritualizarse y celebrarse, para que se afiance su sostenibilidad. Así: “Los rituales son, entonces, rutinas programadas y sistemáticas de la vida cotidiana de la compañía, que muestran a los empleados el tipo de comportamiento que se espera de ellos y suministran ejemplos visibles de lo que la compañía representa” (González, 2003, pp. 134-135).

Siguiendo estos elementos analíticos, se puede decir que el cooperativismo como movimiento y la cooperativa como estructura organizativa del mismo, han producido y producen permanentemente ritos y rituales que tienen por propósito afianzar el grupo humano que constituye la organización y que acepta un sistema de creencias basado en la cooperación. En el nivel mundial del movimiento, la celebración del día del cooperativismo (primer sábado de cada año) en algunos lugares se ha convertido en un ritual de inmensa trascendencia porque allí se renuevan los ideales fundacionales; también puede decirse que los himnos (tal como en el caso de algunos países latinoamericanos), al entonarse a viva voz, constituyen un rito que eleva en el individuo su conciencia de pertenencia al movimiento.

Y existen aspectos de la cultura organizacional generalizada en las cooperativas que se han elevado a la condición de rituales, tales como: la celebración de la asamblea general anual, el curso de inducción al cooperativismo (una particular manera de hacer entender el sistema de creencias e ideales), los actos de bienvenida a los nuevos cooperados (una especie de *bautizo* de adhesión al cooperativismo), la fiesta de aniversario de constitución de la cooperativa, las actividades de integración de los asociados y sus familias, o los homenajes a personajes que han sido especiales promotores y forjadores del movimiento o de la organización. En Colombia las expresiones de carácter ritual se identifican en multitud de prácticas que han desarrollado las cooperativas en diferentes momentos de sus procesos históricos y que se han extendido en las últimas décadas. De modo que pueden ser múltiples las expresiones culturales de las cooperativas que van forjándose a manera de rituales que afianzan la memoria, la conciencia y la imaginación, tal como propuso Desroche.

## Particularidades de una antropología cooperativa latinoamericana

Se rescata inicialmente, en este punto, un estudio efectuado en 1998 en la Universidad Austral de Chile, en el cual se descubre la siguiente conclusión básica:

los fundamentos de la cooperativa están basados en el hombre y su trabajo, y no en su capital, por tanto es importante abordar el tema desde la globalidad del sistema cooperativo en sí pero sin olvidar la realidad concreta de la comunidad donde ésta se encuentra inserta. Por todo lo anterior cabe recordar y rescatar los valores, tradiciones y formas de organización propias de la comunidad y adaptar la cooperativa a la comunidad y no la comunidad a la cooperativa (...) (Escuela de Antropología, 1998, p. 14)

Esto significa que el fenómeno cooperativo puede ser objeto de estudio antropológico en cuanto tiene una conexión directa con los colectivos sociales. Advierte este estudio que si los principios cooperativos son impuestos a la comunidad y esta no los convalida, la cooperativa estará destinada al fracaso. En un sentido general, las cooperativas pueden dar respuestas a las comunidades principalmente en los ámbitos económico y social:

La cooperativa puede dar respuestas a las comunidades no solo desde un ámbito económico, sino que también social, es así como los distintos tipos de cooperativas poseen en su interior otro elemento que puede pasar desapercibido como es el tema de los vínculos entre los socios y la conciencia de ser ante los demás grupos organizados en pos de un fin común, valor poco considerado en nuestros días (Escuela de Antropología, 1998, p. 14).

Esta simple argumentación respecto de la difusión cultural del ideario y los valores cooperativos, permite señalar que la profundización del sistema en América Latina debe contar con la exploración de los procesos históricos que dieron forma a nuestras sociedades y un reconocimiento de las formas de organización desatadas por ancestrales prácticas precolombinas. De entrada, hay que dejar sentado que las comunidades prehispánicas desarrollaron formas de organización socioeconómica basadas en principios de cooperación, siendo estas formas parte vital del funcionamiento del aparato productivo y de organización social de aquellos tiempos. Por ejemplo, en el caso de la pre-historia colombiana, las narraciones *muiscas* indican que Bochica enseñó a los primeros pobladores que no debía reinar el odio ni el egoísmo, sino que había de imperar la cooperación y la tolerancia (Solarte, 1980. p. 21); también enseñan que la *Mama Grande* instaba a los guambianos a cultivar las tierras y a convivir en paz, en medio de la solidaridad y la cooperación. De otro lado, la leyenda inca recuerda que Manco Capac, fundador del imperio, enseñaba que “para que hubiese perpetua paz y concordia y no naciesen enojos y pasiones, hiciesen con todos lo que quisieran que todos hicieran con ellos” (De la Vega, 1992, p. 25), y mandó que los frutos que en cada pueblo se recogían, se guardasen conjuntamente para dar a cada uno lo que hubiese menester.

Y es que en estos grupos sociales la lucha por la supervivencia era un esfuerzo colectivo. De ahí que las prácticas de cooperación, solidaridad y ayuda mutua estuvieran presentes en su memoria colectiva. La siembra, la recolección, las festividades, la construcción de su hábitat, la caza y la pesca eran acciones colectivas con alto nivel de organización y división del trabajo. La tierra pertenecía a la colectividad y su explotación incluía la participación de todos. El sojuzgamiento de las comunidades, como consecuencia de la conquista y la colonización, produjo la destrucción de estos ancestrales instrumentos de organización.

Los estudios históricos y las prácticas agrícolas actuales de muchas comunidades verifican que el sistema de “mano prestada”, de colaboración simultánea en el cultivo y recolección, sintetizan las formas de cooperación que predominaron en aquellas sociedades amerindias. En nuestras antiguas y sobrevivientes comunidades indígenas, la estructura de trabajo compartida bajo el mando de una autoridad sigue vigente. El jefe (cacique o gobernador) se ocupa de la justa posesión y disfrute común de la tierra; de la redistribución del territorio de acuerdo con sus ancestrales leyes naturales; de las relaciones con sus vecinos; de los ritos y las costumbres. Las autoridades indígenas son respetadas como representantes de la comunidad —esto es, de sus miembros—, confiriéndoles el poder de ser voceros de sus organizaciones. En torno de la tierra se forja la comunidad indígena, se desarrolla su economía y también sus signos. La tierra es la madre común, la base de su sustento: la cooperación en el mundo precolombino se forja en relación al culto de la dadora de todos los bienes.

Más allá de la experiencia de estas culturas ancestrales, en América Latina se produjo también un contrastante proceso protagonizado por los millones de migrantes que provenían de las más disímiles culturas y etnias europeas, posteriormente aumentadas con viajeros del extremo Oriente. Hacia el mundo costanero de América Central y Suramérica, se dirigieron miles de embarcaciones que iniciaban su viaje en los puertos ingleses, holandeses, portugueses y españoles, y descargaban a su llegada decenas de personas que buscaban en estas tierras nuevas oportunidades. Esos grupos, organizados por naciones o credos religiosos u oficios, se enfrentaban a un mundo desconocido y buscaban en su semejanza la seguridad personal y de acceso al porvenir, estableciendo estructuras organizativas ya experimentadas en Europa, como fueron las mutuales y las cooperativas.

Pero situaciones de cierto carácter de aculturación se producen en otros países. En varios de ellos, el proyecto cooperativo se produce a partir de conocimientos adquiridos por algunos líderes sociales o políticos que en su contacto con la cultura europea descubrieron el movimiento cooperativo y lo introdujeron en sus particulares programas proselitistas (tal el caso en Colombia de Rafael Uribe y del Padre Adán Puerto). Ese origen, posteriormente reforzado mediante la presencia de técnicos europeos o norteamericanos o la realización de visitas de los dirigentes a los países de más desarrollo cooperativo, fue introduciendo unas dinámicas de dependencia y de asimilación, que no contaron con procesos adecuados de adaptación a la realidad latinoamericana.

## Formas de recuperar y transmitir la memoria colectiva del cooperativismo

Se ha dejado establecido por muchos pensadores que reforzando la cultura cooperativa se ponen límites a sus eventuales crisis. Pero ese refuerzo necesariamente debe pasar por un ejercicio ampliado de uso de las habilidades personificadas en las hijas de Mnemosine: las musas. En este sentido, un proyecto que puede contribuir a superar las deficiencias en el reconocimiento de rasgos y complejos culturales, fue esbozado hacia finales del siglo XX (Zabala, 1997). A grandes rasgos está definido de la siguiente forma:

- a) *Recuperar y recrear la historia del cooperativismo.* No se pueden superar los olvidos sin hacer un reconocimiento del desinterés que manifiestan muchos movimientos cooperativos por la descripción y evaluación de sus procesos históricos, dejando esta tarea a proyectos académicos externos.
- b) *Comprender la historia del cooperativismo mundial.* La interpretación de los procesos históricos locales necesita de la comprensión de los ajenos para identificar tendencias y reconocer problemáticas que son comunes, por cuanto dependen de un mismo sistema cultural.
- c) *Realizar un proceso avanzado de formación teórica.* Aunque el reconocimiento del proceso histórico es una acción de importancia trascendental para abordar ordenadamente la recuperación de la memoria, por sí solo no es suficiente. Se requiere también un método de acercamiento a los desarrollos teóricos, en la medida en que ellos permitirán eliminar vacíos conceptuales que hoy abundan en el cooperativismo.
- d) *Construir el complejo artístico cultural cooperativo.* El sistema de valores no solo se forja mediante su inserción en la vida familiar y la Escuela formal o informal, sino, fundamentalmente, en las expresiones lúdicas de la vida diaria: la música, la poesía, el cuento, la novela, el canto, la danza, el juego, la pintura, los himnos, las cantatas, los audiovisuales, etc. Se podría recuperar la memoria colectiva y mantenerla (como lo hicieron los griegos en su tiempo) utilizando los métodos de las hijas de Mnemosine.
- e) *Comprender las dimensiones del universo cooperativo y establecer sus formas.* Recuperar la memoria del cooperativismo significa también recuperar su imaginación y sus visiones de futuro para determinar con claridad el comportamiento del sistema. Para hacer compatible los resultados de la reflexión y la proyección, hay que establecer las métricas indispensables para reconocer las rutas ya transitadas y abordar nuevos senderos.

En todo caso, son múltiples las posibilidades que brindan las ciencias sociales y sus metodologías (en especial la antropología) para comprender el sistema cooperativo y su bagaje cultural. Tarea que se vuelve inaplazable para mantener viva la utopía social que propugna.

# Conclusiones

El sistema cooperativo puede comprenderse mediante la aplicación del método propuesto por Marvin Harris [1927-2001], quien, siguiendo diversas teorías antropológicas y la aplicación del pensamiento de Carlos Marx, propuso la tesis del materialismo cultural. Desde esta perspectiva, todo sistema cultural contiene tres niveles: infraestructura, estructura y superestructura. En el primer nivel se aprecian todos sus elementos tangibles: la población y sus necesidades, y los diferentes recursos materiales dispuestos al propósito cooperativo; en el segundo está la estructura, que es el patrón organizacional (sistema de gobierno, sistema normativo); finalmente, la superestructura, comprendida por las instituciones en sentido general (detentadoras y productoras de la política, la ciencia y el arte) y el conjunto de valores, emociones y tradiciones. Esta concepción la desarrolló en su obra *The Rise of Anthropological Theory* (publicada en 1968), que es una extensa descripción de la ciencia antropológica explicada desde el punto de vista del materialismo cultural. En uno de sus textos precisó al respecto:

Para poder comparar las culturas, el antropólogo tiene que recoger y organizar los datos referentes a las mismas en relación con aspectos o partes del todo sociocultural presentes en todas las culturas. La estructura de estas partes recurrentes se denomina patrón universal (Harris, 2004, p. 7).

La mayoría de los antropólogos coincidirá en que todas las sociedades humanas han de tener dispositivos culturales de índole conductual y mental para satisfacer las necesidades de la subsistencia, la reproducción, la organización del intercambio de bienes y trabajo, la vida en el seno de grupos domésticos y grandes comunidades, así como los aspectos creativos, expresivos, lúdicos, estéticos, morales e intelectuales de la vida humana. Sin embargo, no hay acuerdo sobre cuántas subdivisiones de estas categorías deben reconocerse ni sobre qué prioridad ha de otorgárseles a la hora de la investigación. En este libro se utilizará un patrón universal integrado por tres divisiones principales: infraestructura, estructura y superestructura.

1. **Infraestructura.** Se compone de las actividades étic y conductuales mediante las cuales toda sociedad satisface los requisitos mínimos de subsistencia (modo de producción) y regula el crecimiento demográfico (modo de reproducción).

2. Estructura. Se halla constituida por las actividades económicas y políticas de tipo étic y conductual mediante las cuales toda sociedad se organiza en grupos que distribuyen, regulan e intercambian bienes y trabajo. Se puede hablar de economías domésticas o economías políticas como componentes universales en el nivel estructural, según que el foco de organización se centre en los grupos domésticos o en las relaciones internas y externas de la sociedad global.
3. Superestructura. Está integrada por la conducta y el pensamiento dedicados a actividades artísticas, lúdicas, religiosas e intelectuales, junto con todos los aspectos mentales y emic de la estructura e infraestructura de una cultura (Harris, 2004, p. 7).

Así, pues, un método envolvente e integral como el propuesto por Harris, complementado por los variados elementos teóricos y propuestas tratadas en el presente artículo, podría convertirse en objeto de estudio científico de quienes se preocupan por el fenómeno cooperativo.

La cultura cooperativa, en su acepción más general, es definitivamente una fenomenología que debe analizarse con mucha mayor profundidad; y las expresiones culturales específicas, o culturas locales, deberían ser objeto de un ejercicio investigativo de los académicos, de los dirigentes y de los centros de pensamiento que no puede dejarse sin planificación.

## Conflicto de intereses

Los autores declaran la inexistencia de conflicto de interés con institución o asociación comercial de cualquier índole. Asimismo, la Universidad Católica Luis Amigó no se hace responsable por el manejo de los derechos de autor que los autores hagan en sus artículos, por tanto, la veracidad y completitud de las citas y referencias son responsabilidad de los autores.

# Referencias

- Aguirre-Baztán, A. (1993). *Diccionario temático de antropología*. Barcelona, España: Boixareu Universitaria.
- Escuela de Antropología (1998). *La cooperativa y el cooperativismo ante la antropología aplicada*. Valdivia, Chile: Universidad Austral de Chile.
- De la Vega, G. (1992). *Los mejores comentarios reales*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Desroche, H. (1973). Autodesarrollo e intercooperación. En: Farias García, P. et al (1973). *Los principios cooperativos y la Europa comunitaria*. Zaragoza, España: Escuela de Gerentes Cooperativos.
- Desroche, H. (1976). *Sociología de la esperanza*. Barcelona, España: Herder.
- González, Z. F. (2003). *Los ritos y rituales en la cultura corporativa de Wal Mart Supercenter*. Barcelona, España: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Harris, M. (2004). *Antropología cultural*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Laidlaw, A. F. (1987). *Las cooperativas en el año dos mil*. Bogotá, Colombia: CINCO.
- Ramírez, B. (1989). *Teoría y doctrina de la cooperación*. Bogotá, Colombia: Fondo Nacional Universitario.
- Solarte Lindo, F. (1980). *El hombre con cola de león*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Zabala, H. (1997). *La cooperación en Colombia: Patología de una crisis*. Medellín, Colombia: CINCOA.